

a) Señale los fragmentos del texto en que se reproducen las palabras (o pensamientos) de los personajes en estilo directo y en estilo indirecto libre.

Estilo directo: resaltado en verde.

Estilo indirecto libre: marcado con tipografía naranja. Ese fragmento es estilo indirecto libre porque, desde la 3.<sup>a</sup> persona del singular del narrador y desde el tiempo verbal en pasado del narrador, se reproducen las palabras de Bella tal como ella las piensa. Hemos de suponer que Bella piensa: "Qué gran verdad. Yo nunca lo había pensado así, así de bonito y de bien dicho, pero lo siento como mío. A mí también se me ha acabado el tiempo. (...)". El narrador repite esas mismas palabras, pero expresándolas en 3.<sup>a</sup> persona y cambiando el tiempo verbal del presente (o del pretérito perfecto compuesto) al pretérito perfecto simple o al pretérito pluscuamperfecto.

b) Indique el párrafo del texto en el que se realiza una prosopografía.

Se realiza una prosopografía en el primer párrafo, después de las primeras palabras de Bella en estilo directo. La he marcado con letra azul.

—Qué cosas dices, hombre... —bromeó Bella.

Pero se estremeció. El Poco tenía algo secreto e inquietante. No era alto, pero poseía un cuerpo correoso, de músculos duros, como abrasados. La edad indefinida y la cabeza grande, con el pelo cano cortado a cepillo, el codo bestial y un rostro de piel roja y maltrecha, vacío de expresión, aletargado. Vestía una sucia camiseta marrón de manga corta; sobre el bíceps tenía tatuada, en bicolor, la frase «Poco ruido muchas nueces» a la que debía el sobrenombre, y la leyenda se encogía y estiraba en su orla, retorciéndose como una cosa viva al compás del movimiento del músculo.

—Aquello fue hace muchos años —dijo el Poco lentamente con su voz de estrangulado.

Apuró el coñac de un trago y se sirvió otra copa. El cigarrillo se había apagado y ahora colgaba pegado a la cascarilla de sus labios, ensalivado y amarillento.

—Hace muchos años. Era cuando yo tenía tiempo todavía. Ahora ya no tengo tiempo, se me ha acabado. Ya no hay horas, ni días, ni mañanas, ni noches. Todo es lo mismo. Esto es lo más difícil de soportar. A veces me parece que me vuelvo loco.

—Qué gran verdad es ésa, Poco.

Qué gran verdad. Bella nunca lo había pensado así, así de bonito y de bien dicho, pero lo sentía como suyo. También a ella se le había acabado el tiempo. Ni se dio cuenta de cuándo fue, de cómo. Pero hacía años que no tenía recuerdos, hacía años que todos los días eran el mismo día, que las semanas se confundían las unas con las otras. Hacía años que había dejado de esperar que sucediera algo. Y ahora el Poco lo había expresado tan bien. Como si la hubiera visto por dentro. Ese Poco extraño, y viejo, y feo, y algo repugnante. Como si la conociera toda. Sintió un hormigueo en la boca del estómago, una blandura en las rodillas.

—Necesito un corasón que me acompañe, que sienta todo, que sea muy grande, que sienta sobre todo lo que siento... —canturreó Bella para sí.

El Poco se había retirado a su territorio habitual, al chiscón del guardarropa: solía acabar las conversaciones abruptamente, sin avisar. Los últimos clientes se estaban marchando. Se fue el macarra, contoneándose en sus pantalones demasiado pequeños. Se fueron los dos jubilados del fondo. Se fue la señora de pelo gris que solía venir todas las noches, sola, con una bolsa de la compra que chorreaba lacias hojas de acelgas, a beber una copa de moscatel de madrugada. Bella terminó de colocar los vasos en el anaquel y se enjugó después las manos con el guardapolvos. Atusó su moño con gesto mecánico, se quitó la bata y tironeó de la falda hasta ajustarla sobre las carnosas caderas: estaba cansada y no tenía ganas de cambiarse de traje.

Rosa MONTERO. *Te trataré como a una reina*. Barcelona: Seix Barral, p. 34-35